

Dios proveerá

Génesis 22

Esta es una frase, que a fuerza de repetirse tantas veces, se ha convertido en una expresión popular. Lo que mucha gente no sabe quizás es que ésta es una frase tomada de la Biblia. Es la traducción del hebreo al castellano de uno de los nombres compuestos de Dios, que, como casi todos ellos, hace mención a alguno de sus atributos: *Jehová-jireh*: el Dios proveedor, o el Dios que provee. Este fue el nombre que Abraham le puso al monte a donde había subido a cumplir con la orden de Dios de sacrificar a su hijo Isaac. Detrás de ese nombre se esconde una de las más tremendas peticiones que Dios pueda haberle hecho a un ser humano. Una historia que nos habla de los límites de la fe y la obediencia radical a Dios. Una historia que nos habla de un hombre y de la inspiración que representa para los creyentes el día de hoy.

Abraham no dudó en obedecer a Dios, por más absurdo que pareciera su mandato. Cuando se lee el relato de Génesis 22, una de las cosas que llaman la atención es la ausencia total de emociones. La narración es directa y sencilla, acompañada solo por la acción. Dios le pide a Abraham que le sacrifique a su único hijo. Uno podría esperar lágrimas, quejas, protestas, rebelión, confusión, preguntas de parte de Abraham a Dios: al Dios que le había prometido que a través de ese hijo le daría una descendencia numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo. Es lo natural. Probablemente es lo que nosotros haríamos si Dios nos pidiera algo semejante. Pero Abraham simplemente “se levantó muy de mañana, enalbardó su asno, tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; cortó leña para el holocausto, se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo”. Esta clase de obediencia sin cuestionamiento era una muestra del carácter de Abraham y de su relación profunda con Dios.

Abraham había obedecido a Dios de la misma manera desde que Él lo llamó a salir de su tierra. Para entender un poco más la actitud de aparente indiferencia que Abraham tiene cuando Dios le pide sacrificar a su hijo, tenemos que mirar a la vida de este patriarca antes de este momento. Desde un comienzo, cuando Dios lo llama a abandonar su patria chica de Ur y su país caldeo, Abraham se muestra espontáneo en su obediencia a Dios. Arma sus bártulos, toma a su familia y emprende el viaje hacia la tierra desconocida de Canaán, donde Dios le dijo que fuera. Dondequiera que acampaba, construía un altar de piedras y ofrecía sacrificios de adoración al Dios que lo había llamado. No vacilaciones. No dudas. Tan solo un hombre de fe ante el Invisible. En Egipto y luego en Canaán, lo vemos flaquear dos veces, por temor a que los gobernantes le quitaran a su hermosa esposa Sara. Le pidió a ella que no dijera que era su esposa sino su hermana (lo cual en realidad no era del todo falso, porque era su media hermana). Pero no confió en que Dios podría proveer una mejor respuesta. De todos modos, Dios los protegió a los dos y los sacó victoriosos. Eso nos permite ver que Abraham no era perfecto. Gracias a Dios por eso, porque eso nos permite también identificarnos con él. Pero su ejemplo radica en que, aparte de estos incidentes, Abraham confió en Dios de una manera total, y terminó sus días creyendo de esa manera. Por eso, la Biblia lo llama el padre de la fe, padre de todos los creyentes.

Abraham siempre mantuvo un as debajo de la manga: confianza absoluta en el buen propósito de Dios para su vida. No hay duda. Tanto en la mayoría de los eventos de su vida, como en ese momento decisivo en que Dios le pide ofrecerle a su hijo, Abraham actuó con una fe inquebrantable en que el Dios que le había llamado era bueno. No un Dios que reclamaba sangre y crueldad. Abraham lo sabía. Por eso levantó el cuchillo, dispuesto a descargarlo sobre el cuerpo amarrado de su hijo, mientras, de seguro, su ser entero se descomponía por dentro preguntando, “¿cuándo, cómo me vas a rescatar, Señor?” El ángel del Señor le habló entonces: “No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”.

¿Hasta qué extremo irías en la obediencia a Dios? ¿Sabes exactamente lo que Dios te pide hoy? ¿Estás dispuesto a hacerlo? ¿Hay un límite a la obediencia a Dios, o Él nos llama simplemente a obedecerlo, por más absurdo que parezca? Como Abraham, podemos estar seguros de exclamar en todos los momentos de nuestra vida: “Dios proveerá”.